

CLAVES

JUNIO 2008

Salta - año XVII - N° 170 - Precio \$3.-



Ilustración de Gertrudis Chale

Balconeando

Un conflicto excesivamente largo.

Santiago Rebollero

El campo y los campos

Mario Casalla

La Nación Judía y el Estado de Israel

Gustavo Barbarán

Teoría del derecho de Renato Rabbi-baldi Cabanillas

Recensión de **Martín Plaza**

Acerca del Canon Filosófico

*Reflexiones sobre el último
libro de Eduardo Rabossi:*

Yolanda Fernández Acevedo

Reflexiones para la comprensión de la pertenencia sociocultural

Zulma Palermo

*Selección de poemas del último
libro de Leonardo Martínez
«Resumen de Espejos» presen-
tación de Santiago Sylvester*

La figura de Güemes vista por Dalmacio Vélez Sarsfield

Víctor Fernández Esteban

Balconeando...

Por Santiago Rebolero

Un conflicto excesivamente largo

Comencemos por el principio. El Gobierno en uso de facultades legales (atribuidas por la Constitución Nacional y el código aduanero) modificó las alícuotas de las retenciones a las exportaciones de soja. La medida era, además, legítima. Estaba sustentada en el triunfo electoral que consagró la fórmula Cristina Fernández- Julio Cobos, y formaba parte de su plataforma electoral.

Las entidades agropecuarias representativas de los distintos sectores que agrupan a los productores agrarios rechazaron la medida por considerarla lesiva a sus intereses e iniciaron un paro de actividades que implicó, en la práctica, el corte de rutas que impidió la libre circulación de transportes y personas, no sólo de bienes destinados a la exportación, sino, en muchos casos, al abastecimiento interno. Fueran cuales fueran las razones invocadas, el corte de rutas es un delito en nuestra legislación y la tolerancia del gobierno frente a estas actitudes no las convierte en legítimas.

La continuidad de los cortes fue acompañada de una persistente campaña mediática que pretendía poner en un pie de igualdad al gobierno de la Nación, con un sector de la sociedad. Así hemos visto títulos alarmistas que hablaban de un enfrentamiento entre el campo y el gobierno, como si fueran sectores convocados por una paritaria cuyo resultado debían decidir los medios, como partícipes y al mismo tiempo jueces de la situación. Esto magnificó el conflicto, y convocó a políticos con escasos votos, a periodistas con pretensiones de formadores de opinión, y a los sempiternos economistas asesores de consultoras que responden a diversos lobbys sectoriales confiriendo una magnitud inusitada a una discusión que, por los carriles normales, debía solucionarse en un tiempo relativamente breve.

Entonces ya no se habló de retenciones, sino del autoritarismo del gobierno y de las economías regionales, y se empezó a preparar el camino para confrontaciones verbales innecesarias y actos masivos de oposición al gobierno, olvidando que las voces se levantaban desde rutas cortadas y bloqueos desabastecedores. El gobierno nacional jugaba al deterioro de las organizaciones rurales, pero lo extendido del conflicto implicó que, de hecho, camioneros y transportistas independientes reclamaran una solución. Después de los agravios se comenzaron a hacer actos públicos, que no sirvieron más que para seguir una confrontación. No se trataba de contar si hubo más gente en Rosario o en Plaza de Mayo. La cantidad de asistentes a cualquiera de estos actos era, por supuesto, muy inferior al electorado que definió su adhesión a una política hace escasos meses.

Al parecer, mientras escribo estas líneas, la sensatez se ha impuesto y será el Parlamento, uno de los poderes del Estado, el que acepte, rechace o modifique, la resolución ministerial que fuera el origen del conflicto. Hace unos minutos, por un canal televisivo, se le preguntó al prestigioso economista Aldo Ferrer a qué atribuía la magnitud del problema con tan humildes orígenes. Ferrer contestó que sólo es atribuible a nuestra inmadurez democrática. También lo creo así.

La nación judía en el Estado de Israel



Gustavo E. Barbarán

«Israel nació deslizando por una brecha histórica fortuita, que se abrió brevemente durante unos pocos meses de 1947-1948. Eso también fue suerte; o la providencia.» (Paul Johnson, *La historia de los judíos*, 2003:626).

En numerosas notas publicadas en *Claves* presentamos la problemática de Medio Oriente abordándola por lo general desde su nudo gordiano, la «cuestión palestina», analizando las expectativas, alternativas, marchas y contramarchas de un enfrentamiento ancestral potenciado a fines de los '40 del siglo pasado. Seguir en esta inercia estéril de las bofetadas recíprocas, la trampa del talión, no augura nada bueno ni nuevo. Árabes e israelíes, unidos por la condición semita y la tradición de Isaac e Ismael, poseen no obstante percepciones y concepciones contrapuestas, que se ven reflejadas al momento de negociar. Y si a los segundos se les puede achacar intransigencia, a los primeros habría que reprocharles su congénita incapacidad para acordar en distintas oportunidades durante el último medio siglo. El sempiterno conflicto entre israelíes y palestinos posee cantidad de componentes históricos (o sea factores políticos, sociales y económicos raigales) y una dinámica propia que desborda cualquier promesa o intento de solución en el corto y, quizás, mediano plazos. Y para el largo, ¿quién sabe? Pero ninguna propuesta de salida será factible si no pasa por el reconocimiento mutuo y previo del respectivo derecho a la existencia como estados formales, que ambos gobiernos y sus pueblos se deben.

Y como también lo sostuvimos más de una vez, no puede construirse un estado sobre las ruinas del otro. El Estado de Israel ha cumplido sesenta años desde la formal declaración de independencia, acaecida el 14 de mayo de 1948 en plena azarosa retirada británica del territorio.

Un año antes, Naciones Unidas había dado por concluido el mandato clase A (sobre comunidades bajo control del imperio otomano) del Reino Unido en Palestina, asignado a éste en 1920 por la recién creada la Sociedad de las Naciones. Esa decisión fue la menos complicada del debate que, en mayo de 1947, llevó a cabo el pleno de la Asamblea General. Había en ella dos posturas: una mayoritaria aprobando la partición entre un estado judío y otro árabe; la minoritaria proponiendo un estado binacional federado. Criticada tanto en sus aspectos políticos como jurídicos, lo resuelto reflejaba no solo la puja de las grandes potencias industriales (sobre todo EUA, Francia y el RU) por el acceso a las rutas del petróleo, sino -por cierto- las tensiones del orden bipolar emergente. P. Johnson comenta que, para alguna dirigencia norteamericana, si Roosevelt hubiera vivido un tiempo más Israel no habría existido como estado; Truman, en cambio, necesitado del voto judío, no vaciló en reconocerlo de inmediato. Stalin, que había empezado antisionista, terminó apoyando la creación del estado de Israel, convencido de que se sumaría al bloque socialista. Con el tiempo el Kremlin viró su posición y se constituyó hasta la fecha en un garante incómodo de los países árabes.

Sin embargo a la altura de esos tiempos resultaba un debate inconducente oponerse a la creación del nuevo estado, sencillamente porque detrás de aquella resolución aparecía la inquebrantable decisión de los judíos de regresar al hogar

palestino, o a juntar su diáspora en Eretz Israel la tierra prometida, o simplemente a poblar y regir un estado sionista. En realidad el Estado de Israel concluyó un proceso iniciado por Theodor Herzl, líder convocante del Primer Congreso Sionista Mundial, celebrado en agosto de 1897 en la ciudad de Basilea. Vale la pena recordar su discurso inaugural y el de su segundo, Max Nordau, vicepresidente del congreso (v. *Veintitrés Internacional*, edición especial, «Amanecer de un Estado», mayo 2008). Aparte del informe del estado de situación de los judíos en todo el mundo y de su condición de miseria moral por las persecuciones (la reunión en Basilea coincide con una de las peores persecuciones en la Rusia zarista), ambos realizaron una formidable pintura de época exponiendo con toda claridad y sin ocultamientos «sinárquicos», por qué querían y cómo pensaban volver a la patria ancestral («Colocaremos la primera piedra del edificio que un día se convertirá en hogar de la nación judía. [...] El sionismo es el retorno al judaísmo y precede el regreso al país de los judíos [...]», Herzl; «(El judío) tiene la sensación de que el mundo lo aborrece y no ve ningún lugar en que pueda encontrar cordialidad cuando la busca y anhela», Nordau). Incluso la asimilación fue un espejismo, por ende el único lugar seguro era el gueto: ese hogar que en cierta medida había «diseñado» la psicología judía, estaba a punto de diluirse para siempre con el ansiado retorno. Repasar esos momentos es un modo invaluable de entender el problema de Palestina y su incidencia en Medio Oriente. Pero el camino empezado con la convocatoria de Herzl reconoce otros hitos de bastas implicancias políticas, los cuales son resultante de arduas negociaciones que revelan en buena medida la incapacidad de las potencias de entonces para abordar y resolver el «problema judío»: el acuerdo secreto Sykes-Picot (1916), la Declaración de Arthur Balfour (1917), el pacto Clemenceau-Lloyd George de fines de 1918, la cesión a Gran Bretaña del mandato sobre Palestina (1920), el informe de la Comisión Peel (1937) y, concluida la 2ª Guerra, el planteo de la cuestión en 1947 ante la Asamblea General. En todos esos casos, el pivot del debate era precisamente el diseño territorial indetenible: la Comisión Peel les concedió el 20 % de las tierras palestinas, Naciones Unidas el 50 % y, al finalizar la primera guerra con los árabes, controlaban el 80 %. Cabe aclarar que nunca fue fácil consensuar criterios entre la dirigencia judía y aún hoy no existe un pensamiento unívoco. Más allá de consideraciones geopolíticas (pues cada acción tenía un objetivo), la transformación del desierto en un vergel tuvo allí caracteres de epopeya. Eso estaba en la base de la propuesta de

Herzl, cuando en Basilea proponía la vuelta a la agricultura, pues sin ella la colonización no sería posible. Germán Arciniegas lo retrata bien en su libro *Entre el Mar Rojo y el Mar Muerto* (EDASA, 1964). En la actualidad, Israel, por su condición de país más adelantado y de potencia militar regional (comprobada en tres duras guerras contra los vecinos árabes: la de 1948 simultánea con la declaración de independencia, 1967 de los Seis Días y 1973 del Yom Kippur), tiene más que aportar al proceso de pacificación que los palestinos, más allá de las tensiones que agregan los sectores duros del Hamas palestino y el Hezbollah libanés. En tal estado de situación, siempre ilusoria -pese al escepticismo generalizado- treguas como la que se concedieron a partir del 19 de junio y por seis meses israelíes y palestinos en la franja de Gaza; aunque es difícil que puedan acordar soluciones menos efímeras sin asistencia externa.

A poco de sellar su triunfo en las primarias demócratas, Barak Obama anunció a líderes de la comunidad judía norteamericana que, si accede a la presidencia de los Estados Unidos, mantendrá invariable el apoyo a Israel. Lo cual era previsible pues nada hay más imaginable que un apoyo retaceado a Tel Aviv: por largo tiempo la Casa Blanca será el otro garante incómodo de una de las partes en la precaria estabilidad de Palestina y, por extensión, del resto de Medio Oriente. Será importante, sí, para cualquiera que resulte finalmente electo presidente, acreditar un alto nivel de compromiso con la pacificación regional que por extensión se proyecta a la paz mundial. No vemos por ahora otra vía que la de seguir experimentando la «hoja de ruta» (que involucra además a la ONU, UE y Rusia), papel ajado por tanto trajín, cuyo resultado principal -e inicio de otro *iter* aún imaginable- debiera ser la concreción del estado palestino. Mientras tanto EE.UU es vital para Israel, aunque a la vez una afrenta para el mundo árabe mientras siga manejando con tanto desatino la cuestión de Irak y sus relaciones con Irán.

Benedicto XVI, en su afán de que Europa no reniegue de su identidad cristiana en el proceso de construcción de la UE (que no se ha reflejado en la fallida constitución), expresó en cierta oportunidad: «Europa no es un continente perfectamente definible en términos geográficos, sino más bien un concepto cultural e histórico». Esa idea -nos parece- también es aplicable en buena medida a Israel y a los judíos, por lo que dieron al mundo occidental a través de la tradición judeo-cristiana. Derrumbar prevenciones y preconceptos es una tarea imprescindible y permanente: el estado de Israel es una realidad. Merece vivir en paz tanto como los palestinos en el mismo suelo.

Instrucciones para subir una escalera

Por Mario Casalla

Con este título publicó Julio Cortázar un texto tan breve como irónico. Allí después de explicar que el suelo cada tanto se pliega y que esos pliegues reciben el nombre de «escalón», nos advierte que -para subir- es necesario poner el pie sobre el escalón y luego repetir la operación. Claro que «sin confundir el pie con el pie», primero uno y después el otro, caso contrario nos espera un formidable porrazo. Valga esta ironía literaria para mostrar la inextirpable ambigüedad de lenguaje y la necesidad de estar muy atento a esa distancia tan confusa entre las palabras y las cosas. En política esto es más necesario todavía, hay pocos terrenos en que esa relación sea más pantanosa y a su vez más utilizada en la construcción de poder.

A las pruebas me remito. Lo que ahora es necesario no confundir es el campo con el campo. Resulta imprescindible preguntarse a esta altura del conflicto y con urgencia, ¿Qué campo es en realidad el campo?, caso contrario nos espera un porrazo o una pifiada tan grave como en la escalera. Al igual que *pie*, la palabra *campo* es ambigua. Y aquí cualquier simple diccionario nos será muy útil. La primera acepción de *campo* es «terreno extenso y laborable fuera del poblado»; y la segunda, «espacio en que se muestra cada grupo de fenómenos, ej campo eléctrico, campo cultural, etc». En el primer sentido, el *campo* es estrictamente lo que denominaríamos «sector agropecuario»; en el segundo sentido, el campo es mucho más que eso y abarca un ya abigarrado «grupo de fenómenos». (Dejo expresamente de lado, la tercera e inquietante acepción que del término *campo* da el mismo diccionario: «comarca ocupada por un ejército». No es útil convocar demonios!).

A meses de iniciado un conflicto con el sector agropecuario (con «el campo», en sentido restringido) se ha configurado otro, por completo diferente y mucho más amplio por cierto, que resulta imprescindible no confundir con el primero (se trata aquí de «el campo», como un conjunto de fenómenos políticos y sociales, protagonizado por distintos tipos de actores). Por ahora el segundo se expresa a través del conflicto del primero, pero sin dudas que no se reduce a éste. Hoy el campo ya no es todo «el campo» y es posible que cada vez sea menos agropecuario y más «ciudadano». Y no está mal si así fuera, lo que sí estaría es confundir el uno con el otro. La consecuencia de esto es el porrazo, o sea más o menos lo mismo que con la escalera mal subida.

Y usted se preguntará, ¿entonces qué? Permitame sugerirle al menos tres cosas para evitar el golpe (al porrazo físico me refiero, está claro). En primer lugar, no se trata ya de un conflicto económico y sólo del sector agropecuario, por lo tanto es bien probable que ninguna nueva política agropecuaria sea la solución (al menos no la que «el campo» quiere). Más bien esté usted atento a los cólicos que estas «retenciones» puedan ir provocando en lo sucesivo. En segundo lugar y aclarado lo anterior, esté prevenido contra los «mediadores de buena voluntad» que ya han aparecido y seguirán apareciendo en el futuro próximo, con propuestas de dietas salvadoras o sencillas recetas. ¿A quién «median» los mediadores? y ¿en qué «campo» se inscriben ellos mismos? Recordemos que la buena voluntad tiene muchas maneras de ser practicada; aquí también -como buenos hombres de campo- es de toda pertinencia separar la paja del trigo y evitar la propagación del incendio. Recordemos el camino al infierno suele estar empedrado con las mejores intenciones. Finalmente, no nos asustemos demasiado rápido, a veces las cosas no tienen la magnitud con que se presentan y entonces uno suele correr a destiempo y para el lado que no corresponde. En un «campo» tan pantanoso es conveniente privilegiar el paso firme, la mirada alzada y el oído atento, incluso para correr mejor si fuera necesario. Porque en esto de asustar puebleros, los hombres de campo suelen ser muy duchos; ¿a quién no lo subieron en un potro bravo para reírse luego de los gritos del novato? Claro que los hombres de la ciudad también tienen sus mañas, ¿o acaso olvidamos cuántos buzones y tranvías intentaron venderle al paisano que camina boleado por la avenida Corrientes? ¡Si hasta no faltó quien le ofreciera el mismísimo Obelisco! Para eso lo mejor es precaverse. Es que el campo ya no es lo que era, hace unos meses no más. La ciudad tampoco.

Algunas reflexiones para la comprensión de la pertenencia sociocultural

«Soy de donde pienso»

La identidad latinoamericana, que no puede ser definida en términos ontológicos, es una compleja historia de producción de nuevos sentidos históricos, que parten de legítimas y múltiples herencias de racionalidad. Es, pues, una utopía de asociación nueva entre razón y liberación.

Aníbal Quijano (1988)

Quiero abrir esta participación en las reuniones que iniciamos con una incitación al diálogo abierto, a intervenir con la voz de cada uno de los acá presentes desde su personal manera de mirar, de habitar el mundo, porque entiendo que es ésta una de las pocas formas por las que puede producirse un conocimiento válido, un conocimiento que no oponga experiencia a conceptos, práctica de vida a construcción de saberes, conocimientos verdaderos a falsos conocimientos. Por lo tanto, mi decir aquí, pretende ser más un *con* ustedes que un *para* ustedes, en una búsqueda de respuestas, de intercambio de saberes devenidos de muy particulares formas de con-vivir, es decir, de conocer.

Como además entiendo que para decir es necesario reflexionar, mi decir propondrá algunas cuestiones orientadas a diseñar respuestas tentativas a preguntas que todos nos hacemos en este tiempo de fuertes cambios en nuestras formas de vida, cambios que generan incertidumbre, desorientación y pérdida del sentido acerca de cuál sea nuestro «lugar en el mundo».

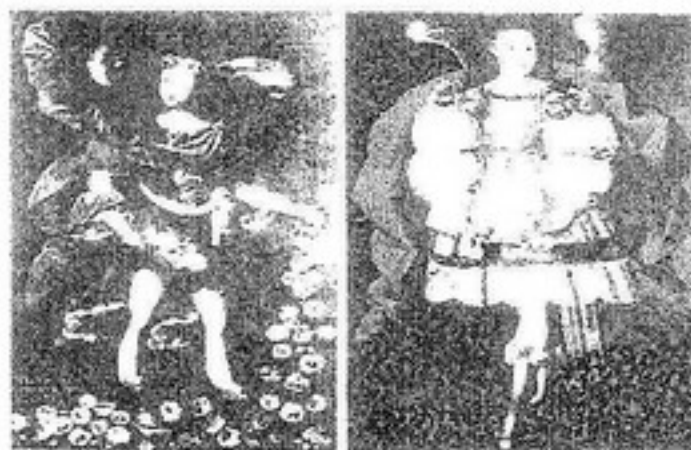
Este será el hilo orientador del diálogo que me gustaría incitar: *la relación entre «nosotros» y «el mundo»*, pues se trata de preguntarnos a quién nos referimos cuando decimos «nosotros» y cuál es el «mundo» en el que pensamos, para tener «lugar» en él.

Yo-Nosotros: la pertenencia y el lugar

Partamos de preguntarnos, en primer lugar, a quiénes incluimos en el «nuestro», es decir en esta pertenencia; «nuestro» indica, lo sabemos, posesión y participación pues no refiere a uno sino a muchos, a un yo-con-los-otros; dicho de otro modo, con quiénes participamos una forma de vivir, de creer, de pensar, de «habitar», de conocer el mundo. «Yo» señala a una persona individual, a un «mi mismo» con peculiaridades propias; sin embargo, en tanto seres humanos, no podemos alcanzar ni siquiera la supervivencia si no es gracias a los «otros» más próximos: en primer lugar la familia a la que *pertenece*mos, a la que adherimos o nos adhiere iniciándonos en prácticas de todo tipo: desde las alimentarias hasta las creencias y, muchas veces, las opciones políticas; es decir, nos incorpora, como individuos, en una forma compartida de habitar el mundo. Por lo tanto no hay posibilidad de existencia del yo personal sin pertenencia social. *Soy en tanto pertenezco* a un grupo previamente constituido, que se manifiesta como el primer lugar de aprendizaje no formal, no escolarizado.

Se adquiere así una conciencia inicial de *pertenencia sociocultural* por la que las personas se vinculan a un determinado

Zulma Palermo



grupo, a un lenguaje particular, no sólo a la lengua —en nuestro caso, española— sino a una determinada forma de usarla, de hablar: yo hablo, inicialmente, según las formas de mi grupo familiar, formas a las que se agregan las de los distintos grupos a los que voy integrando. Utilizo la noción de pertenencia y no la de identidad porque ésta lleva en sí misma —impresa en la etimología del nombre que la designa: «idem» = «idéntico»— un valor de no individuación, y de inmovilidad, de permanecer idéntico al sí mismo colectivo, de no incorporar ninguna posibilidad de cambio o transformación, imprescindibles para que todo sujeto social y cultural siga existiendo en el tiempo.

Estoy señalando así, los primeros procesos de socialización en una cadena ininterrumpida y simultánea de pertenencias: la familia, el barrio, el grupo generacional, la clase, la región, la raza, el género, la nación, el continente, el mundo. De este modo intento perfilar muy rápidamente, lo que llamamos un «sujeto social». Por lo tanto, el «nuestro» en el enunciado con el que abrimos este recorrido, remite a un sujeto colectivo con características propias y específicas, diferenciales.

Si podemos identificar esas especificidades es porque existen otros sujetos sociales que manifiestan tener otras o algunas otras características que los particularizan; dicho de otro modo, no es posible la clarificación acerca de cómo somos si no es por comparación o contraste con los que son distintos a nosotros, es decir, sobre la base de la *alteridad*: hay otros grupos o sujetos sociales que no son como éste al que pertenezco, de los que nos separamos y con los que podemos sostener distintos tipos de relaciones.

Propongo lo pensemos a partir de la experiencia individual: yo, en tanto persona, formo parte de un grupo que se organiza según su propio «estilo de vida»; pero tal estilo muchas veces no depende sólo de lo que culturalmente permanece en la memoria del grupo de pertenencia, sino que intervienen también cuestiones externas, ajenas a sus

propias condiciones o a sus deseos: los modelos exógenos que lo sobrepasan, las carencias a las que se ven sometidos, las modificaciones impuestas a sus prácticas. Hacia dentro del grupo las prácticas son prioritariamente solidarias, pero en tanto que se confrontan con los otros grupos, los alternos, pueden ser antagónicas y altamente conflictivas.

Intentemos comprender más profundamente estas formas de relación y de pertenencia mirándonos como integrantes de grupos generacionales y socialmente definidos; en este caso, los de jóvenes en los barrios urbanos que actúan entre sí con fuertes lazos de pertenencia y solidaridad y hacia fuera con particular antagonismo, defendiendo las prácticas y hasta los «secretos» del grupo. Se trata de una situación en la que la solidaridad hacia adentro puede resultar altamente negativa. Si ampliamos la perspectiva y la pensamos en vinculación con las relaciones entre razas y naciones, esa alteridad ha llevado siempre a situaciones de guerra, tanto civiles como internacionales, cuestión fácilmente constatable a través de la historia de la humanidad.

Pero se encuentra también —y esto es lo altamente valioso— el polo positivo de las relaciones de pertenencia solidaria: aquél que hace posible que las gentes se contengan mutuamente, encuentren un lugar para dar más sentido a su vida o aún para sostener la vida. Para volver a la experiencia inmediata, les recuerdo lo que significó, desde iniciativas puramente sociales, el sistema económico del trueque después de la crisis del 2001; lo que vale para social e individualmente la pertenencia a los grupos como los comparseros para los carnavales con prácticas solidarias que se extienden mucho más allá en el tiempo, tal como se exhibió en esta misma sala no hace muchos días; lo que —desde iniciativas sostenidas por el aparato del Estado— podría llegar a conformar para la consolidación de la pertenencia a la comunidad barrial, el programa Familias Solidarias.

Cooperación y antagonismo, entonces, juegan en estas formas de interacción y hacen que la constitución de los sujetos sociales no sea simple sino altamente compleja. Cada persona dentro de un grupo no tiene una sino varias pertenencias: a la familia, al grupo generacional, al grupo laboral, y así en un eslabonamiento no finito. Esto hace que el vínculo sea a la vez individual y grupal y es en ese vínculo, según las circunstancias, que el sujeto (individual o colectivo) se enriquece, se reformula, puede transformarse aunque —y esto se constituye posiblemente en lo central— hay aspectos que mantienen líneas de continuidad a través del tiempo, líneas que sostienen una memoria social no consciente, lo que constituye, según algunas categorías teóricas, los «núcleos duros» es decir, permanentes, inmodificados, de una cultura (Cros, 1997).

De modo entonces, que es en esta doble y a veces contradictoria relación entre permanencia y dinamismo por la que se da consistencia a una cultura. Un pensador argentino, marginal para los estudios universitarios, lo dice de este modo:

La conciencia cultural es sentimiento del pasado y del presente, herencia y renovación, pues la conciencia histórica misma es una condición móvil... Sólo las sociedades que tienen conciencia de su eslabonamiento cultural, que es tanto solidaridad con los orígenes como certeza de un futuro, pueden considerarse comunidades históricas [...] En esta ligazón [...] reside la conciencia histórica del individuo, inserto en su comunidad y en su época, testigo y autor del cambio social, espectador e intérprete de la historia... (Hernández Arregui, 1969).

Hecho el intento de poner un poco más de claridad en la noción de pertenencia desde la perspectiva del hacer social y comunitario, me parece imprescindible efectuar similar actividad para la noción de «lugar». Desde la perspectiva que estoy poniendo a consideración de ustedes, el lugar es algo más que el espacio físicamente delimitado donde se localizan los grupos; es una denominación casi metafórica, es decir que, sosteniéndose en una idea de espacialidad geográfica se abre a otras formas de localización. Por eso, y para establecer una diferencia como lo hicimos al optar por la noción de pertenencia, prefiero apropiarme de la idea de «lugarización» que se asienta en el principio de la diferencia sociocultural (Escobar, 2003). Quiero decir, Salta es nuestro lugar físico de radicación, pero no todos los grupos que la habitan tienen la misma relación con lo que se ha dado en llamar «salteñidad», cuestión que quiero discutir más adelante.

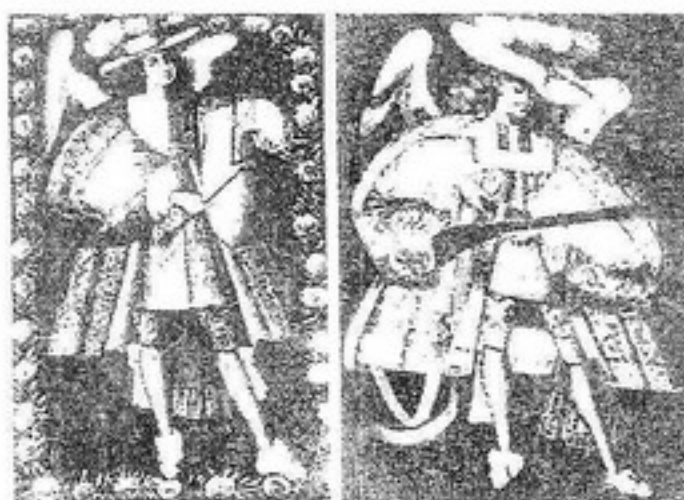
El lugar, por lo tanto, es ya el/los grupo/s mismo/s de pertenencia con su localización territorial, con el color de su piel, con su manera de vivir el género, con su memoria, prácticas y expectativas, sus formas de relación con otros grupos, su posición dentro de las redes de poder. Podemos aproximarnos mejor a la idea de lugarización cuando nos pensamos en relación con las filiaciones y decimos, por ejemplo, «este es mi lugar», no para señalar una habitación, un barrio o una ciudad, sino una participación política, un espacio laboral, una vinculación de naturaleza más abstracta que empírica. Sería, en síntesis, el lugar desde el que hablo con autenticidad, desde el que manifiesto el quién soy desde el «estar siendo»

«Nuevo Mundo» y «Mundo Nuevo» para América Latina

Para terminar –provisoriamente– de interrogarnos acerca de cuál sea nuestro «lugar en el mundo», nos queda por averiguar a qué «mundo» nos referimos. Para ello quiero regresar al enunciado inicial de Quijano: es el mundo de una utopía de asociación nueva entre razón y liberación. Quiero decir con esto que, sumergidos como nos encontramos en el actual proyecto de globalización con sus dramáticas secuelas sobre el planeta y los seres que lo habitan, un planeta que parece haber dejado de ser el lugar para la vida transformándose en espacio de la muerte, es imprescindible generar pertenencia a proyectos alternativos que, surgidos de las sociedades y culturas que se distancian de aquél, sean capaces de posicionarse críticamente ante sus designios (con un pensamiento sistemáticamente formalizado), para alcanzar la liberación de las redes de poder que históricamente han excluido a las sociedades numéricamente mayoritarias del planeta.

El punto de partida se localiza en lo que venimos llamando descolonización de las mentes, entendiendo que habitamos culturas desde siempre colonizadas en los distintos órdenes: desde el lingüístico al económico, incluyendo las formas de conocimiento de diverso tipo. Lo que significa que todos los saberes distintos del que nos propuso occidente desde su definición del «Nuevo Mundo», quedan invalidados y sometidos al privilegio de una sola forma de vida, a una sola concepción de «mundo» que, en el presente, es el «mundo nuevo» bajo la hegemonía de la cultura economicista global del mercado.

El «Nuevo Mundo», es decir, lo que dio en llamarse América a la que se refiere la historia occidental –antes universal, hoy global– debió subsumir sus formas de habitarlo porque otro «nuevo» acababa de



inventarse. Digo subsumir y no olvidar porque la inscripción de las memorias «locales», configuradas en creencias, prácticas y lenguajes no se borraron totalmente. Por el contrario, son esas prácticas sociales, los usos y costumbres de la vida cotidiana los que ponen ante nuestros ojos su perdurabilidad. Pero no se trata de una memoria única y lineal, sino –volviendo a la aseveración de Quijano que dice de otro modo lo que antes escuchábamos por la voz de Hernández Arregui– de la producción de nuevos sentidos históricos, que parten de legítimas y múltiples herencias de racionalidad.

Invencción de la «salteñidad»

Pensemos ahora sostenidos en esos presupuestos, esta condición de mundialidad desde el presente en el espacio sociocultural de Salta, y en la «salteñidad» como lugar de pertenencia, y de qué manera la incidencia de la cultura global de mercado, hecha propia por el aparato de Estado, viene consolidando las prácticas de colonización que creemos superadas. Para ello es necesario poner en acción el pensamiento crítico que, como sostiene un teórico oriental de la poscolonialidad, no es otra cosa que «una irreparable predilección por la alternativa» (Said, 2004: 350).

De modo entonces que mi apelación inicial al diálogo reflexivo responde a esta premisa que considero insoslayable: para encontrar-nos es imprescindible que podamos pensar la cultura de manera distinta a las que nos acostumbraron: a vincularla con lo político y económico y, dentro del capitalismo globalizado, en las articulaciones o dislocaciones entre lo local, lo nacional, lo transnacional. Se trata de la relación ya señalada entre cultura y poder incluyendo las prácticas, los textos, los sentidos y la representaciones sociales y culturales de la vida cotidiana, no sólo estudiando desde afuera e intentando comprender lo que se viene llamando «cultura», sino generando maneras críticas de pensar y de producir conocimientos nuevos desde dentro mismo de los grupos en los que encontramos nuestra pertenencia (Cfr. Walsch, 2003).

Los invito, en consecuencia, a pensar en común cómo se dio la construcción de la cultura local a través de algunas de sus producciones simbólicas y en sus relaciones con el poder. El perfil más difundido de la cultura local se sostiene en las características propias del momento de su fundación, momento «inaugural» porque antes de él –según la historia oficial– no hay nada, sólo un territorio vacío por ocupar y una sociedad por construir con los instrumentos propios del poder imperial español, su lengua y su religión. El diseño de la ciudad –hoy de fundamental importancia según veremos– respondía a las características requeridas para todo emplazamiento realizado en nombre del rey y como parte de su imperio.

Con el advenimiento de la independencia y la necesidad de inventar una nación, se acentúan los rasgos definitorios de la «patria chica». Es ya avanzado el s. XIX cuando va siendo delineada con los rasgos propios del idealismo romántico, como el lugar de arraigo de las tradiciones criollas ofrecidas –o impuestas– como modelo ideal de vida y norma de conducta. Tal patrimonio se gesta alrededor de la figura del héroe gaucho local que, si bien desplaza la memoria fundacional, no borra los rasgos propios del patriarcado desde el que se reivindica la figura más emblemática que real del «gaucho salteño», ya que la posible emergencia de la cultura popular por él representada se carga con tintes estetizantes de tipo telurista y costumbrista de base biológica (es decir racial ya que son los legítimamente mestizos como resultado de la mezcla de españoles y nativos), estereotipo vigente hasta nuestros días (Cfr. Palermo, 1999).

Es recién avanzado el s. XX cuando –a impulso de los movimientos indigenistas extendidos por A. Latina, a su vez sostenidos en los estudios antropológicos y arqueológicos– se empieza a advertir que no sólo la cultura criolla con fuerte componente hispánico da perfil y carácter a este

espacio, sino que existe una memoria más larga, la india, que se encuentra latente y que es necesario «recuperar». Esta forma de concebir al otro –indio– construye un imaginario –una representación de lo indígena– cristalizado en el pasado; lo que hay que «recuperar» es la cultura originaria, tal como fue en sus comienzos y mantenerla inalterada en el presente. Se trata de una noción definida en términos ontológicos, de una concepción esencialista que no sólo deja fuera el acceso de ese sector a la sociedad en su conjunto, sino que la autoctoniza.

Este «re-descubrimiento» de lo indígena, por lo tanto, no trae aparejado el cambio radical necesario para su incorporación simétrica a la red social y del trabajo sino que, mientras por un lado se produce la apropiación de los retazos de memoria que han quedado después de sucesivas expropiaciones a través de sus producciones simbólicas (relatos, canciones, artesanías), por el otro no los alcanzan los derechos de ciudadanía y, en muchos casos, ni siquiera su reconocimiento como personas.

Esta matriz, eminentemente colonial, se encuentra en plena vigencia en el espacio de la mundialización de la economía de mercado y se constituye en una de las más preciadas mercancías locales para la llamada «industria turística». No es necesario realizar demasiados señalamientos en ese orden pues todos y cada uno de nosotros participa activa o pasivamente o es obligado a participar en esa lógica. Sin embargo sí es imprescindible –insisto– reflexionar críticamente a partir de ello; en primer lugar, para encontrar nuestro rol en ese escenario y luego –aunque no secundariamente– buscar las formas de participación que colaboren a construir espacios dignos para aquellos de cuyos bienes simbólicos la cultura global se va apropiando y cambiando o vaciando de sentido.

Aproximémonos una vez más desde la experiencia. Como todos los acá reunidos sabemos, el 1º de agosto es un día especial para la cultura andina; en él se rinde honor a la Pachamama, a la Madre Tierra en toda la extensión de esa cultura. El rito, tal como se repite en el noroeste argentino y que como tal implica celebración y entrega, se centra en el vínculo re-ligante de los seres humanos con la naturaleza. Es por eso que la tierra recibe los dones (comida, bebida y coca –en algunos casos también cigarrillos–) que las gentes le entregan con devoción



ACCESORIOS del NORTE SALTA S.C.

Av. San Martín 912/14 - Tel/Fax: (0387) 421-6080 - 4400 - Salta

y humildad en agradecimiento a los beneficios recibidos y en petición de esos mismos bienes. Esta ceremonia central que repite gestos antiguos, va precedida de otros ritos de preparación que incluyen la elaboración de la comida para la ofrenda y la «limpieza» de la casa con el humo de hierbas medicinales. La ceremonia culmina al mediodía y, a partir de allí, los miembros de la comunidad deben respetar una cierta forma de abstinencia guardando una conducta recatada y digna, sin agresiones mutuas mientras se cumplen las tareas rutinarias (Cfr. VVAA, 1993). Hacia dentro de las comunidades rurales la repetición ritual tiene valor y sentido y aún cuando existen algunas variaciones formales entre ellas, los gestos significativos son los mismos. Desde la exterioridad del rito —y fundamentalmente en el espacio urbano— la perspectiva es distinta produciéndose mutilaciones y desplazamientos. La primera de ellas se relaciona con el mito, pero funciona más bien como «superstición» pues los gestos fundantes del sentido ritual desaparecen para quedar reducidos al momento del sahumero matinal destinado a «ahuyentar los males de la casa», práctica ya muy extendida.

Una segunda forma de apropiación del rito anulando su sentido es la de su simulación o simulacro organizado institucionalmente con perfil espectacular: se trata de una

imitación del rito efectuada por expertos que pueden o no pertenecer a las comunidades originarias, con fines de divulgación en beneficio del mercado junto a las artesanías y el folklore. Hay, por lo tanto, una folklorización de la práctica ritual, una puesta en escena por actores que teatralizan el rito real.

Finalmente, se producen situaciones de parodización burlesca, pantomimas de los gestos superficiales del rito, tal como fue posible ver a través de las pantallas de T.V. en un programa local de noticias en la primera hora de la mañana de ese día.

La tradición gauchesca y la «recuperación» de los orígenes precolombinos son dos de las vertientes de las formaciones sociales que el discurso oficial reconoce como constitutivas de la «salteñidad», es decir, aquello que hace a esta formación sociocultural distinta de otras. Su reproducción, tanto en el orden material como simbólico, se hace claramente visible en el actual diseño del centro urbano, en los espacios destinados a la transacción mercantil de los distintos tipos de producción, a la exhibición teatralizada —simulacro decíamos— de prácticas cuyo valor cultural queda relegado a los espacios familiares o de pequeñas comunidades no urbanas. En suma, la especificidad de la cultura de pertenencia se ha transformado en un valor de consumo.

Sin embargo, no asumo acá una actitud totalmente negativa ante la llamada sociedad de consumo sino que parto de aceptar su existencia para analizar críticamente las formas con las que se pueda responder a ella con estrategias que faciliten, en principio, una participación equitativa, para ir diseñando estrategias alternativas a ese mandato hegemónico. Entiendo el consumo entonces, también en su positividad, no sólo como una forma de satisfacer necesidades o deseos muchas veces provocados por el mismo sistema, sino también como una estrategia de ordenamiento social que permite redefinir o confirmar valores compartidos y, por lo tanto, crea y/o mantiene una pertenencia cultural. Se trata de un sistema de integración y comunicación, de relaciones laborales y de funcionamiento de la economía y, por lo tanto, es posible utilizar sus mecanismos en beneficio de las expectativas comunitarias.

Elo permitiría revertir el estado actual de la sociedad que en su funcionamiento cotidiano, al menos en la cultura sobre la que ahora reflexionamos, profundiza las diferencias entre grupos con distintas capacidades productivas y adquisitivas, genera relaciones no solidarias sino fuertemente competitivas que desarticulan el orden interno de los pequeños grupos, todas cuestiones que quedan disimuladas bajo la apariencia que produce el simulacro de la reproducción

simbólica de la «salteñidad». Es precisamente por eso, por la carencia de un honesto respeto por las formas de habitar el mundo de los «otros», que los medios de comunicación pueden reducir tan fácilmente un acto ritual a un gesto de parodización que desvaloriza y discrimina a la cultura que lo produce, marcando la alteridad desde una supuesta superioridad.

La cultura local —como cualquiera otra en esta instancia temporal— se produce desde una continuidad atravesada por rupturas, olvidos e inclusiones. Necesitamos partir del reconocimiento de las diferencias internas pues, en lo real, lo que existe es la pertenencia a distintas formas de habitar el mundo, el propio lugar. Lo que estamos llamados a construir es la con-vivencia en el respeto hacia todas ellas. La simetría, reclamada por los más ortodoxos principios democráticos, nos reclama actuar para que no haya gestos explícitos o enmascarados de exclusión hacia ninguna de las alteridades que la integran.

Estamos obligados a ganarnos y a hacer respetar el derecho a «ser de donde pienso» revisando la propia memoria, identificando los gestos y los relatos que la componen, imaginando acciones comunitarias en beneficio de la construcción de espacios solidarios que den lugar a la aceptación de nuestras múltiples diferencias como forma de acción liberadora.

GUIA DE PROFESIONALES

Consultorios Médicos, Bioquímico, Odontológicos Gral. Güemes 898 Tel: 431-7535

Diabetes y Nutrición: Dra. Silvia Saavedra
Ginecología y Obstetricia: Dra. Susana García
Cardiología, Preventiv, Holter: Dr. Carlos Cúneo
Laboratorio Análisis Clínicos: Dra. María Elena Almendro
Odontología Gral: Dra. Fabiola Trobatto
Odontología - Endodoncia: Dr. Eliseo Caro Outes
Coloproctología hemorroides: Dr. Agustín M. García
Cirugía General. Videolaparoscopia: Dr. Raúl E. Caro Figueroa
Medicina Familiar: Dra. Ana Gabriela Caro
Dermatología: Dra. Alejandra Falló
Clínica Médica - Diabetes: Juan Martín Sánchez

CORNEJO D'ANDREA & CORNEJO ABOGADOS

HECTOR CORNEJO D'ANDREA
AMERICO ATILIO CORNEJO
BERNARDO AMERICO CORNEJO
HECTOR CORNEJO D'ANDREA (h)

Santiago del Estero 569 - Salta (A4400BKK)
Tels.: (54-387) 421-3052 / 421-3086 - Fax: (54-387) 431-3152
E-mail: estudio@estudiocornejo.com.ar

ESTUDIO JURIDICO

Ricardo A. Reimundin - Carlos Douthat
Bernardo Sayus - Ramiro García Pecci
Daniel Rizzotti

Juramento 72 - Tel: 432-0900 - Fax: 431-1075
4400 - SALTA - E-mail: juramento72@arnet.com.ar

GUSTAVO CECILIA ODONTOLOGO GABRIEL CECILIA ODONTOLOGO

25 de Mayo 591 - Tel. 431-4384
4400 SALTA

ESTUDIO JURIDICO-CONTABLE

Dr. Manuel Pecci
Dra. María Silvina Pecci
Dr. Roberto Pecci - Dr. Javier García Pecci
CPN. María Gabriela García Pecci
Sarmiento 268 - Tels.: 4210786 / 4228433
4400 - Salta

Dolores Garcia Ruffini María Magdalena Briones

ABOGADAS

ENTRE RIOS 837 - TEL/FAX: 421-2739 / 431-0191 - SALTA

SOSA Y ASOCIADOS

ABOGADOS
BALCARCE 472
TEL.: 431-0134 LINEAS ROTATIVAS
FAX: 431-1529

E-mail: sosabogados@arnet.com.ar

CORNEJO USANDIVARAS & ASOCIADOS

Dr. Juan Esteban Cornejo
ABOGADO
Dr. Sebastián G. Posadas Saravia
ABOGADO
Dr. María Ester Sánchez Viñuales
ABOGADA

Rivadavia 520 (CP. A4400BTL) - Salta Argentina
Tel-Tax: 0387 - 4214313 / 4212290
E-mail: jecornejo@arnet.com.ar

ESTUDIO JURIDICO

HUMBERTO ALIAS D'ABATE
EDA R. ALIAS D'ABATE

Avda. Belgrano 689 - Tel/Fax: (0387) 421-3895 - Salta

ESTUDIO JURIDICO MARIA LOURDES

FRANCISCO SARAVIA TOLEDO
& ASOCIADOS

España 87 - Tel/Fax: (03875) 421-516 - TARTAGAL (SALTA)

EMILIA FORNARI PABLO DE LA MERCED

ABOGADOS

ENTRE RIOS 837 - TEL/FAX: 421-2739 / 431-0191 - SALTA

MARIA JOSEFA ALZUETA MACARENA CORNEJO

ABOGADOS

Asuntos de Familia - Sucesiones

Gral. Güemes 1349 - 1º Piso Tel: 422-0864 - SALTA

OSVALDO CAMISAR

ABOGADO

Leguizamón 452
Tel.: 421-5016 - 431-7886 - Fax: 431-1829
4400 - SALTA

www.turismosalta.gov.ar

cuando te
Conocen a vos
conocen a **SALTA.**

Este invierno mostrará lo mejor que tenemos.



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE SALTA.
Ministerio de Turismo.

Salta
ARGENTINA

Todos los paisajes. Todos tus sentidos.

Especial para CLAVES. Conferencia en el Instituto Gu



La gran Gesta Güemesiana en vista por el Dr. D. Da

Víctor Fern

Dalmacio Vélez Sarsfield nace en Amboy, hoy en el departamento de Calamuchita, provincia de Córdoba el 18 de febrero de 1800 y Martín Miguel de Güemes en la ciudad de Salta, en la actual calle Balcarce 51, donde vivía su familia, el 8 de febrero de 1785. Sarmiento en una biografía sobre Vélez diría que nació en 1801 y aquí durante años se discutió si fue el día 7 u 8 de febrero el día del nacimiento del General. En vista de ello diré que escuché de labios del Licenciado Luis Oscar Colmenares la conferencia pronunciada el 8 de febrero de 2000 en el Cabildo Histórico de Salta en el 215 aniversario del nacimiento de Güemes y en conmemoración al bicentenario del natalicio Vélez, titulada «Dalmacio Vélez Sarsfield autor del primer homenaje a Güemes»

En ella hizo exposición de una faceta, que para los que estudiamos Derecho, nos era totalmente desconocida. Se refirió a la polémica mantenida con Mitre, a raíz de la publicación de su *Historia de Belgrano*, en la que el abogado, general y masón aparece como un deslucido personaje. Colmenares exhumaba así un texto que parecía tomar en superficial el esfuerzo de muchos por la prístina idea de libertad encendida en la Revolución de Mayo. Allí apuntaba la brillante disertación, a la que quiero aportar otros conceptos y reflexiones, acaso para tratar de comprender la magnitud de la gesta de Martín Miguel de Güemes.

Hace un tiempo pude dar con un libro de una colección titulada *Grandes escritores argentinos* donde recoge *Páginas magistrales de V. Sarsfield* con prólogo de Domingo Faustino Sarmiento, editado en Buenos Aires en 1944. Dice el autor del *Facundo* en la última línea del discurso con el que despide los restos del ilustre cordobés: «El Dr. D. Dalmacio Vélez Sarsfield ha salvado con el asiduo trabajo de medio siglo, estas barreras naturales, y su nombre, sus trabajos y sus libros, lo harán vivir con nosotros, nuestros hijos y los de otros países, por una larga serie de años, sino por siempre, mientras haya leyes, crédito y comercio, que tanto favoreció. ¡Adiós, viejo Vélez!»

Sarmiento le había propuesto, como presidente de la República, un cargo en el gabinete nacional, a lo que aquel contestó: «... ¿Viene usted buscando el latín?» Esta es la caracterización más acertada que pueda haber del Vélez hombre y del Vélez el hombre para el futuro. Cuando el Licenciado Colmenares se refiere al homenaje a Güemes, a muchos nos quedó en claro que había que releer el texto publicado en *El Nacional*.

Aracelli Bellotta en su novela *Aurelia Vélez. La amante de Sarmiento*, afirma que Urquiza le dio el dinero para la empresa editorial. Así se lee en dicho libro: «Es que para la joven Aurelia, de dieciséis años, nada de lo que estaba ocurriendo en el país le era extraño. Su padre hacía tiempo que estaba en contacto con Urquiza, de quien había recibido una subvención para fundar el diario *El Nacional*, y más de una vez lo había escuchado conversar con Domingo Sarmiento -un amigo sanjuanino de la época del exilio cuyos escritos y opiniones deslumbraban especialmente a Aurelia- de que por fin se iniciaría la gran obra de la constitución de la República, igual que se hablaba en los tiempos de Rivadavia, nombre venerado en el hogar de los Vélez Sarsfield.» La mención al primer presidente, Rivadavia, es útil para tomar cuenta de la actuación pública de Vélez Sarsfield y de calificarlo como un auténtico testigo de su tiempo, fiel en todo sentido, y con la impronta de haber estado donde se desarrollaba la historia.

El joven Dalmacio se matricula en el Colegio Monserrat en Córdoba donde alcanza los grados necesarios para ingresar a su universidad y de ella egresar con el título de Bachiller en Leyes. No consigue nunca el de doctor en leyes y en teología, atribuidos por Sarmientos en la mentada biografía. Si hace la práctica necesaria para poder litigar y luego, con poco más de veintidós años, emprende una carrera pública con bien afianzados conocimientos. Su hermana, a la sazón casada con el gobernador de San Luis, le permite ser elegido, -digamos: designado- diputado por esa provincia. En Buenos Aires, empieza a brillar su genio de conocedor del latín, del Derecho y de la diplomacia, que con un carácter parco, lo tornará reservado e irónico en los debates. Rivadavia lo acoge como un joven promisorio y Vélez le responde convencido de que el pensamiento liberal era el adecuado para estas provincias que apenas había superado la sorpresa de saberse dueñas de su destino.

Una semblanza de la anarquía está reflejada magistralmente por Jorge Luis Borges en su *Poema Conjetural*: «Zumban las balas en la tarde última. / Hay viento y hay cenizas en el viento, / se dispersa el día y la batalla / deforme, y la victoria es de los otros. / Vencen los bárbaros, los gauchos vencen. ...» En tanto Vélez lee con fruición a los autores ingleses que escriben sobre economía para afianzar su triunfante revolución industrial. Así llega a la cátedra de economía política en la Universidad de Buenos Aires. Eran épocas de Rivadavia, de la lucha contra el Imperio del Brasil, y de la magnífica oportunidad que desdeñaron los militares que habían quedado del glorioso Ejército del Perú encerrados en las luchas

fraticidas. Y así también se empezaba a tomar conciencia de que a nadie le interesaba pensar en algo más que en mantener las viejas prerrogativas de la colonia pero bajo formas acaso más novedosas de nada hacer. Porque «...trunfaron los propósitos disolventes de los caudillos sobre los anhelos de orden y organización de Rivadavia.» Apunta un erudito estudio de Enrique Martínez Paz.

Polémica histórica

Dice: «En un libro de historia de la revolución...» acaso parafraseando al comienzo del Quijote: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...» que «Este juicio injurioso y calumnioso a los pueblos del interior, está copiado de la obra del general Mitre *Historia de Belgrano*, y el general Mitre lo toma a la letra de un oficio de Belgrano al Gobierno General.» Allí se abre la disputa. La referencia a Belgrano, que tanto irritó el espíritu de Vélez, está tomada de una comunicación en la que le dice que, ya en la provincia de Jujuy, no ha encontrado sino «...quejas, frialdad e indiferencia y que... (...) preferirían a Goyeneche por mejorar su suerte...» Así como hoy las declaraciones sacadas de contexto hacen perder gobiernos, así esas afirmaciones hicieron tomar otros rumbos a la opinión de la incipiente República. Mas, nos sorprende el conocimiento de la provinciana de Vélez. Contradictorio hombre que habiendo renegado del interior a los momentos su amistad con Rivadavia, quiera perdurar por rescatar la real nación. Hay factores que nos hacen pensar que pudo más la sangre que el intelecto y uno de ellos fue cuando en el artículo de marras dice: «... Lucena y Vélez se defienden heroicamente esperando ser auxiliados a tiempo por Viamonte; mueren allí con todo sus soldados sin admitir capitulación alguna, después de dejar tendidos más de 300 soldados del ejército español. Cuando la noticia de la pérdida de la batalla y de la muerte del capitán Vélez, natural de Córdoba llegó a aquella ciudad, todo el pueblo se agolpó a la casa de su familia ¿A qué? A felicitarla, a darle los parabienes por la gloriosa muerte del capitán Vélez, dispuestos todos a seguir su ejemplo.» No nos dice que fue su hermano el difunto y heroico hombre que había quedado en el Alto Perú. Su grandeza era tal que omite la referencia, no por parco, sino por hombre del Derecho a quien por la cita le corresponderían las generales de la ley. Critica la actitud de Belgrano, a quien la suerte le había sido esquiva pero salva su honor y entrega, admitiendo que hubo de tener más inteligencia que mando para lidiar con los restos del glorioso Ejército del Perú. Vélez no se queda en la anécdota de las guerras desiguales. Analiza y pondera las posibilidades a la luz del

momento en que Belgrano esperaba tener el consenso para imponer a un hijo del imperio incaico para las Provincias Unidas del Río de la Plata, mientras otros buscaban afanosamente en la rubia Albión un manto protector para estas crueles provincias. Así los que estaban esperanzados en dicho favor ansiaban que se asociaran estas lindes del mundo a la política inglesa bajo el tild de socios en el libre comercio. No en vano la similitud del plan de Maitland con el plan continental de San Martín pueden crear dudas o acercar posiciones, pero que en nada invalidan la ingente premura por tener ganada la independencia por sobre la libertad.

El texto de defensa de las provincias de la incipiente Argentina cobra vigor en la letra de Vélez, un cordobés arropado con lo mejor del latín, de las leyes de la vieja Europa y el modelo de la incipiente democracia de los Estados Unidos de Norteamérica.

El tiempo pasado

Podemos imaginar mucho, pero nada comparado con lo que el erudito hombre del Derecho, de pronunciada tonada, tenía en ciernes. Cuando se refiere a Güemes, y he ahí el nudo de la conferencia de Colmenares, lo hace con conocimiento de causa. Recordamos que uno nace en 1800 y otro en 1785, es decir son sólo quince años de diferencia. Poco, y a la vez muchos, en aquellos tiempos. Cuando Vélez está rindiendo sus materias en la universidad, Güemes está luchando contra el godo invasor. Y recordemos un instante la voz torrentosa de Jaime Dávalos diciendo: «Vendrá esta vez del norte / el godo artero / en una noche lloviznosa y fría / en que un Judas te vende por dinero...»

¿Quién acompañaba al héroe gaucho en la historia?

A Güemes lo acompañaba el olvido y una parte de la gente que no estaba para ser tomada como referencia por los altos mandos. Nos apoyamos en dos supuestos, el uno, en una sociedad que no podía comprender un esfuerzo que no tenía destino inmediato, y el otro, en una clase social desclasada, los gauchos.

Dice Sara Mata en su libro *Los gauchos de Güemes*, desde una óptica superadora en cuanto a análisis: «La insurrección generó sus propios líderes, muchos de ellos de disímiles orígenes y trayectoria diferentes, poseedores de capacidad de sumar hombres a las milicias que enfrentaban a las fuerzas realistas. (...) No es extraño entonces que siempre se atribuyera al «patriotismo» la razón por la

encia del día 17 de junio de 2008
emesiano de Salta.

la lucha por la Independencia, Dalmacio Vélez Sarsfield

ndez Esteban

cual estos hombres luchaban contra la «opresión» española. Sacerdotes, pequeños productores, jueces rurales, estancieros vecinos, jefes de las milicias locales e incluso esclavos, peones y arrenderos alcanzaron entre pares y subordinados al influjo necesario para convertirse en referentes capaces de movilizar y de adquirir por este medio la posibilidad de trascender las limitaciones impuestas por su condición social.»

Queremos decir que la clase social, si es que puede considerarse clase a un grupo de gente que estaba fuera del canon del tiempo, no tenía conciencia de su espacio. La preocupación estaba en obtener un mejor pasar, en no pagar el arriendo, en tener tierra de pastoreo y en que las mieses y los ganados crecieran por la mano y el trabajo de Dios y no por el propio. No debemos apartarnos de la idea de una sociedad que esperaba todo de la corona. La fuerza social denominada: los gauchos, fueron una parte de la sociedad que tenía, salvando las distancias, los mismos orígenes, futuro y hasta presente que los actuales. Dice Mata «Cualquiera que fuese la razón de esta denominación, lo cierto es que estos «gauchos» de Salta se encontraban negros, mulatos y pardos, algunos esclavos, tributarios indios de procedencia altoperuano radicados en Salta, españoles o «blancos» pobres y mestizos, Mayoritariamente arrenderos y agregados, no faltaron tampoco peones junto con pequeños y medianos propietarios. Igualmente participaron milicianos del Alto Perú que llegaron siguiendo en su retirada al Ejército Auxiliar. De este modo la composición étnica y social de estas milicias fue muy heterogénea.»

La edad de la razón

Vélez tenía veinte años cuando muere Belgrano y veintiuno cuando muere Güemes. Está en lo mejor de su carrera universitaria y con la mira puesta en ampliar sus horizontes. Recordemos que las invasiones realistas se habían ensañado con el territorio de Salta, Jujuy y el Alto Perú. Belgrano estaba en Tucumán y Güemes mantenía, como podía, con la guerra de guerrillas a raya a las huestes de España. Mientras se educaba y participaba de la intelectualidad cordobesa, nuestro jurista veía la desintegración de las provincias que abjuraban a viva voz de cualquier lazo con el puerto. El pensamiento unitario y el federal buscarían, por caminos separados, un lugar que arrastraría por años demasiada desinteligencia y atraso.

El Nacional

A la caída de Rosas las grandes ciudades, Rosario Córdoba, Mendoza y Buenos Aires, tienen un particular sentido de la información. Pululan periódicos y diarios de reducida tirada que se escriben al fragor de las luchas de unitario y federales. Anónimos, libelos, brulotes y sueltos son la mejor prosa y la fuente vital para comprender lo que ocurría. En una respuesta a Evaristo Carriego, redactor del *Progreso*, -y abuelo del poeta a quien Borges hiciera trascender al rescatar el viejo Palermo- salta el genio levantisco de Vélez. «...Ud. afirma que durante 30 años yo he combatido la integridad de la Nación y que he sido uno de los que más a cooperado a la desmembración del país. (...) Ud. ha hablado sin antecedentes alguno de mi vida pública... Yo era el más joven de los diputados que dio la Constitución del año 26. Provinciano recién venido a Buenos Aires, tuve la felicidad de contar con la estimación muy manifiesta del señor Rivadavia. (...) Era un apasionado partidario de aquella administración y sin mucho examen voté el 18 de agosto de 1827 la disolución de la Nación, porque así lo aconsejaban los jefes del partido unitario. Esta es toda mi culpa, pero es la única culpa que debo reparar. (...) A ese voto lo di en 1827 lo continuáis, señor, por 30 años, lo cargáis con una exageración que cae en el anacronismo. En esta última fecha fundé «El Nacional» (1852) y en sus primeros números traté en varios artículos de los efectos fatales que había traído al país el aislamiento de Buenos Aires de los demás pueblos. (...) y podía enumerar como lo hacía el territorio que había perdido desde entonces; podría recordar las deudas que gravaban al Estado, los sufrimientos y los martirios de los hombres en esos largos años; las guerras civiles que habían sucedido, y las despoblación consiguiente a tanta sangre como la que se había derramado.»

La medida de la respuesta

Vélez Sarsfield afirma: «La historia de la revolución ha obtenido un importante ensanche, con motivo del artículo que escribimos sobre el General Güemes, indicando ligeramente sus servicios para que en adelante, en los libros que se escribieran sobre nuestra historia no se dijera que Güemes debía su celebridad al caudillaje. (...) Que los generales San Martín y Belgrano lo nombraron jefe de la vanguardia en la provincia de Salta; que desde la primera invasión del ejército español después de las tres derrotas consecutivas de nuestros ejércitos en Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe, Güemes sublevó toda aquella provincia en

masa y que entonces fueron innumerables los gloriosos y desiguales combates que sostuvo; que atacó al enemigo en sus mismas fortificaciones y lo obligó a abandonar aquella provincia en 1817 con la pérdida de la cuarta parte del numeroso ejército español; que en las sucesivas invasiones a Salta de otros ejércitos españoles, pusieron nuevamente a prueba la constancia de su famoso caudillo...» Agrega: «La actitud de Güemes desde 1817 en aquella parte de la República es única en la historia de la independencia de los pueblos de América.»

«Mitre, -dice Vélez- recurre a la ridiculización para tratar de hacer caer la figura del héroe, habla de su defecto en la voz, del carácter despótico de su mandato de gobernador, en fin dice, como se dice del historiador de Marco Aurelio, de retoque en retoque, de cortesía a severidad y de allí a la injusticia para acabar en la inexactitud.» Y da como ejemplo a Alvear que celebra las Pascuas colgando en la Plaza de la Victoria al capitán Úbeda por haber hablado mal de él en un café. Pero lo absuelve expresando: «Todo poder era absoluto y mucho más si se trataba de la patria.» Se detiene en la famosa desobediencia de Güemes y no solo la justifica, la pondera y la ensalza porque con actitudes, que como la de Rondeau, dan razón a no respetar ese orden jerárquico. Por ello dice en su artículo que: «... si la obediencia es la primera regla de un ejército, la desobediencia se justifica con el resultado» Cita a Arenales y las Republicuetas en el Alto Perú y la gran victoria de La Florida y a la posterior soledad de Arenales, de quien hoy sólo tenemos un monumento en la Plaza 9 de julio y una perdida calle. Resalta la triste experiencia de la obediencia en Belgrano cuando distrae al Ejército del Perú para luchar en la guerra civil en Santa Fe. Y la magnífica desobediencia de San Martín que sólo llega hasta Río Cuarto, en Córdoba, y regresa sobre sus pasos para no unirse a las luchas intestinas que debilitaban las ideas de la Revolución de Mayo. Más aún, cuando Mitre meritúa la actitud de Belgrano en Tucumán como apoyo de Güemes, Vélez dice que no hizo demasiado por la lucha en vista a que no se movió del lugar y que desde el 17 al 20 hubo de vérselas el general gaucho con los realistas sin auxilio alguno. Los números pasan los tres mil (hombres) y sin colaboración, entonces, se pregunta Vélez, de qué estrategia se puede hablar para hacer posible la libertad en esta parte del mundo. Otro detalle interesante es su conocimiento, directo o indirecto de los acontecimientos. Dice: «El historiador de Belgrano enumera las invasiones del ejército español desde 1817 hasta la muerte de Güemes, como si solo



hubieran venido a pasear a Salta. (...) El número que hemos dado, lo tenemos de personas muy respetables de Salta, testigos presenciales en aquella época y relacionados con los jefes españoles.» El codificador afirma de Güemes que: «...Es el único soldado que defiende ya la revolución de Mayo, el único que después de la sublevación del ejército del Perú enarbolaba y defendía con su sangre la bandera argentina»

Parecer lo que pareciera

La historia que Vélez defiende es la historia de los aciertos y errores del interior de la nación que se estaba formado, de lo que ocurría y de lo que se desconocía, donde nadie puede decir que estaba para arrojar la primera piedra. Eran tiempo de fuerza, de violencia y de derechos en ciernes. Tendría que pasar mucho tiempo para el país, como gustada decir, tuviera un asomo al proyecto de nación. ¿Qué hemos recogido de esas luchas cuerpo a cuerpo entre la intelectualidad y la barbarie? nada.

«Vélez viator»

Enrique Martínez Paz en su obra *Dalmacio Vélez Sarsfield y el Código Civil Argentino*: «Sin embargo, no fueron para el presidente Sarmiento todos sus actos, de lucha y sacrificio. La visita que hizo a Córdoba para inaugurar, en compañía del ministro Vélez, la exposición nacional, le puso de manifiesto que la opinión de las provincias lo acompañaba francamente; en ésta como en la visita que hizo el general Urquiza atravesó, en marcha triunfal por las provincias y fue recibido con las muestras de mayor afecto. (...) Durante el ministerio de Vélez se construyeron telégrafos y caminos hierro... (...) Por eso cuando Sarmiento al recordar su obra... (...) lo llamó al modo de los viejos romanos «Vélez viator» Por aquellos años terminaba el Código Civil y estaba próximo a entrar en vigencia el Código de Comercio.

Conclusión

Que un hombre del Derecho se ocupara de las gentes y las provincias fue un incipiente signo de madurez y erudición en cuanto a imaginar una patria. Así como lo fueron la Generación del 27 junto a los primeros presidentes constitucionales y la Generación del Ochenta, que con paz y progreso delineó el contorno definitivo de la República. Que la acción de Belgrano, a quien la historia trató con desigual fortuna, y la gesta de Güemes, apenas comprendida, sean el incentivo para construir una nación para todos los hombres de buena voluntad que aún piensen que lo mejor está por venir.



Leonardo Martínez

A propósito de la presentación del libro de Leonardo Martínez «Resumen de Espejos»

La parentela de Leonardo Martínez

Santiago Sylvester

Una de las tareas más viejas de la literatura, y de las más eficaces, es la de construir personajes: poner entre nosotros seres que terminan siendo de carne y hueso, y nos contagian sus dichas y desventuras como si fueran amigos o parientes. El destino de Madame Bovary, Ana Karenina o Jean Valjean ha causado lágrimas y aflicciones, y son legión los lectores que recorren La Mancha tras las huellas del hidalgo, o los que se pasean por los escenarios de Proust para comprobar no se sabe bien qué: tal vez que lo cierto y lo inventado conviven en el mismo barrio.

El trabajo literario que más me interesa de Leonardo Martínez tiene que ver precisamente con esto. Su infancia y juventud en Catamarca le han dado una herramienta fundamental para la percepción de una tipología humana que, según creo, es propia de las ciudades del Norte. Y en este conocimiento ha trabajado lo que, en mi opinión, es lo más singular de su obra.

La poesía de Martínez muestra continuidad y marcas reconocibles, y si revisamos su última poesía podemos encontrar consecuencias de su trabajo anterior. Esto sucede cuando una obra ya es larga, producto de una vida también larga, y es entonces cuando aparecen huellas o se puede ver en perspectiva cómo un trabajo ha ido avanzando hacia su destino. Pero esta visión panorámica no se registra siempre, ni sucede por fatalidad o mero paso del tiempo: tiene que estar asistida por algunas obsesiones que se reiteran, búsqueda coherente y trabajo en una dirección. Y la obra de Martínez muestra, en este sentido, trayectoria y resultado de madurez; es decir, se puede analizar una evolución, reconocer temática y estilo.

La insistencia en armar una mitología familiar atraviesa su tarea y la impregna de una realidad que, cierta o inventada, es reconocible y, además, pertenece a un lugar. Se trata de personajes de vida intensa que van poblando un Registro Civil imaginario, pero consistente, que ampara a una parentela tan próxima como real, asolada por un viento de excentricidad, con un trasfondo bullente y llena de referencias a una zona del país.

Porque hay que decir que esos personajes de Leonardo Martínez pertenecen irrenunciablemente al Norte, a esas provincias que cuentan con una historia larga, pasados esplendores, decadencias y vidas recoletas en patios y cuartos oscuros atiborrados de santos, arcones y secretos. De ahí que resulte verosímil la versión de esos poemas en los que prospera un tipo humano cargado de conductas extremas, a veces estrafalarias (autoritarismo, abulia, arbitrariedad, fanatismo religioso), que refleja la trama íntima, celosamente oculta, de una sociedad pequeña, en la que se entrecruzan creencias, prejuicios, amores y odios excesivos, fervores desactualizados. Un leve extravío, muchas veces intencional y no pocas celebrado, cruza en diagonal las plazas principales de las ciudades del Norte; y es allí donde Martínez abreva para exhibir críticamente, a veces con humor, a veces con dureza, siempre con conocimiento de sus claves, una sociedad estamentada, rígida, tozuda en sus aciertos y también en sus errores.

Mi sospecha es que la excentricidad es más propia de las ciudades chicas, o que, al menos, allí tiene mayores posibilidades, resiste mejor y hasta causa gracia. Las ciudades grandes (Buenos Aires, por ejemplo, enorme y cosmopolita) tienen la

memoria llena de gente extravagante (un ejemplo extremo sería aquel hombre que paseaba con una vaca por la calle Florida: conocido precisamente como «el hombre de la vaca»), pero esos excesos sucedieron hace mucho, cuando había tiempo para esas conductas. Porque la excentricidad tiene un aspecto teatral: el excéntrico necesita público, su «personaje» es pirandelliano, incluso en el sentido de que anda en busca de un autor, y en una ciudad convulsionada por la velocidad, con decibeles al borde de la histeria, no están dadas las condiciones para ese despliegue escénico. Hoy por hoy, esto ha quedado recluido en la TV, con un distanciamiento insalvable, y ya no es tan sencillo encontrarlo en la vida común. Donde no hay reposo, donde los problemas prácticos están exacerbados (distancias, horarios tiránicos, polución acústica), disminuye la voluntad de prestarse para el espectáculo de un señor que resuelve representarse a sí mismo; y la impaciencia del público es mortal para el excéntrico. En las provincias, en cambio, hay tiempo y, algo más decisivo, hay ágora, sitio público donde la gente se reúne, se conoce, despliega sus habilidades teatrales, y se comentan las gracias: todos son recíprocamente actor y público, en una utilización compartida y general. La representación del personaje excéntrico es, pues, inevitable. Con sólo darse una vuelta por las recovas de la plaza de Salta, por ejemplo (la ciudad del Norte que más conozco), se tendrá un muestrario de roles que se repiten a diario: es lo que la gente espera de cada personaje, y nadie defrauda. Hay una secreta connivencia, y una evidente gratificación, en que cada uno cumpla su papel, y en que lo haga bien; que salga fortalecido para beneficio de la memoria general, del regocijo de la vida cotidiana; y es allí donde trabaja la intrahistoria de una ciudad. Esto es algo que en el Norte todo el mundo sabe y practica por viejas y repetidas convicciones.

Y es, precisamente, un magma que conoce muy bien Leonardo Martínez, del que extrae sus mejores caldos literarios, que exceden la mera excentricidad, y termina armando el friso de una sociedad apegada a la tierra. Lo conoce exhaustivamente, está seducido por él: la trama que no se ve, pero que se respira densamente. El secreto de esas vidas es su cantera: de ahí saca anécdotas, fantasmas, alimento, y lo despliega ante nosotros. Hay que agregar que todas esas historias encuentran correspondencia estilística (si no, no valdría la pena mencionárselas); su lenguaje algo barroco, litúrgico, se apoya en un tono logrado de conseja antigua, de leyenda, crónicas y devocionarios, como si estuviera confiándoles a los amigos de la infancia los desvaríos de su abuelo. Esto agrega verosimilitud, consigue trasladarnos a un tiempo mítico, sustraído a las contingencias actuales, que no se cuenta con relojes sino con intensidad.

En algún momento nos dice que «toda historia empolla su disolución», y no hace otra cosa que confirmarnos lo que sospechábamos: que la literatura (la de razones poderosas, y no vale la pena ocultar que es la que prefiero) es una discusión con la muerte, un intento contra la precariedad. La literatura es la manera con que un escritor conjura la amenaza de lo transitorio («por si acaso muera yo», lo dijo para siempre una copla del Norte); y de esta comprobación, a trabajar sobre el mito (o proponer mitologías), hay un corto trecho: reiterar historias, inventar situaciones, dotarse de parientes, bordar el tejido humano, es sólo consecuencia; y pareciera que estas son formas, intentos, de rebatir la disolución.

Su armado parental repercute en un orden: esa frontera que está entre memoria y mito; y es en este sentido que puede decirse que esta poesía trabaja para todos: un destino de gentes y costumbres que interesa a cualquiera, pero en las que una parte del país (el Norte profundo) podría reconocerse.

Resumen de Espejos

de Leonardo Martínez

Alguien murió

Alguien murió en 1810
 pisando el filo de los nuevos tiempos
 Fue el capitán Don Diego
 Cerró los ojos en su catre de tientos
 rodeado de rostros y de objetos familiares
 mirando de soslayo el arcón repleto
 y soñando con ganaderías fraguas y puñales
 que abrirían un deslumbrador continente
 de degüellos matinales
 de sangre fresca salpicando
 un cielo de lanzas y campanas
 Asido al crucifijo
 el cuerpo hirviendo de piojos invisibles
 rindió su aliento repleto de miedo
 a un cerril camino
 de celestes yugulares

La niña Alba

Trizaba la vida
 hamacándose entre el látigo
 y el almíbar de las uvas
 Era mujer de grandes pechos
 y de ojos como guaicas calientes
 Me acuerdo del ludir de las sedas
 cuando arrastraba su soberbia
 por la penumbra de los patios
 A su paso
 dejaba un leve olor
 a yegua en celo
 Me acuerdo de su risa entre las flores
 oscura
 con vestigios de exterminio
 Andaba por la casa como una criminal
 impune
 criando orgullo entre los escapularios

Desencuentro

Derribamos las puertas de la noche
 Cayeron
 descubriendo cámaras pestilentes
 y mujeres sórdidas ataviadas con lirios
 robados a las aguas frescas de la mañana

No estabas en ningún aposento
 Habías huido
 masacrando virtudes y ternuras
 Hubieras querido alimentar al hijo
 con nostalgias y genealogías deterioradas
 y astillar los recuerdos con martillos de odio
 Sólo atinaste a colgar reliquias
 y oraciones desfleadas
 en los ángulos de tu alma

Y la búsqueda terminó
 Eras novia constante en el conjuro de los
 sueños
 madre en la luz que abriste una mañana
 hermana en el dolor del desencuentro

Corazón como plato vacío
 negaste al hijo
 Corazón como candado enmohecido
 negaste al hijo
 Corazón como ramo de olvido
 desgarraste al hijo

Mujeres de mi infancia

1
 Cuando empezaba a preparar los untos
 y los cocimientos
 mama Bersabé
 entró en un trance
 de resuellos
 de bramidos sin freno

Fue una tarde de agosto
 Se cascó su brío
 acabando la vida
 en un rincón
 meada por los gatos

2
 ¡Dionisia Campillay
 tu aliento rumboso
 tu plegaria como un gran lienzo
 de tapias derrumbados!

3
 ¡Venancia Je
 de ojos como lámparas en la tierra
 bellos en la descomposición del olvido!

4
 Angela Custodia
 la de las trenzas melancólicas
 anudadas a la infancia
 ¿qué amores andará buscando
 si un llanto caliente quema los jardines?



LIBRERÍA RAYUELA

Alvarado 570 - 4400 - Salta - Argentina - Tel/Fax: (54) 387 - 4312066

"NOVEDADES DEL MES"

Vicente Zito Lema Belleza en las barricadas. (Antología Poética)
 Oscar Terán (comp.) Intelectuales y cultura en el siglo XX Latinoamericano
 Ernesto Laclau Debates y combates
 Jorge Edwards La casa de Dostoievsky
 Luis Alberto Reyes El pensamiento indígena en América

Resumen de Espejos

5

María Encarnación
nacía hace cien años
que son mil años
ayer nomás
en una casa habitada
por quimeras de abolengo
María Encarnación jugó de niña
con muñecas de trapo
(las de porcelana quedaron intactas
en los sillones del salón)
Estudió con monjas insidiosas
Aprendió a fabricar confituras
y ya adolescente viajó a Buenos Aires
Pupila por años en un colegio religioso
adquiere habilidades
con tijera aguja piano y pinceles
Enhebra corta cose borda
Hace labores de bastidor

Deshila teje encaje
canta ejecuta graba y colorea
Habla francés lo suficiente
Tiene ilusiones
Aunque algo gorda
es bonita y distinguida
Sueña se enamora y enamora
Mas tanta destreza distinción y sueños
de poco le sirven:
padres de silencio duro
gobiernan vida y ansias
Quedó soltera
rodeada de santos de palo
que beatificaron su fracaso
Faenas de iglesia
pasaron a ocupar sus días
Semana Santa la Virgen Patrona
Navidad
mientras hilvanaba traiciones
y el rencor hervía
La muerte la hizo a un lado
Siguió viva
cariada y sucia
con el agrio olor de los sudores guardados
Pero un buen día se atoró
Silbaba su pecho

como si una tropilla de yeguas desbocadas
le pisara el alma
y se derrumbó arrastrando
todas las mañanas
Murió áspera y sola
desafiante
con una aureola de desdicha
iluminándola

6

Doña Goya
Denle paso
Convoca multitud de vientos
Sola ella
Erguida como garza
comienza una larga jaculatoria amortiguada

Recita los latines de la infancia
envuelta en trapos de lástima
Calladamente pide un poco de luz
en la penumbra de los días acabados

7

Niña Carlina
tus huesos de papel de sombra
son despojos de dulzuras muy lejanas
Miras con ojos de ascua
detrás de un velo de humo
rodeada por virreyes locos
y donceles de hielo
Se acercan a tu sueño
el marqués de Santillana
y sus pastoras
recitando amoríos de embeleco
y se esfuman en el rincón de los trastos abolidos
Desde el jardín donde juega a infanzón rico
y despiadado
el general Luis José Díaz
te dedica un balido cariñoso
Entonces aparece el mar
con olas de guitarra en pena
El viento que tizna la mañana
alienta el canto de las olas
Tú olvidas y renaces
lamida por las aguas fatigadas
mientras el huso baila
entre los dedos del alba
y destuerce el poema hasta el comienzo
Niña Carlina
tan cercana
dormitas al fondo de una fábula

8

La Rosa
guía mis manos
a sus tetas
Me hace tocar
las suaves y amorosas alturas
para deslizarlas luego
hacia la madreperla
palpitante
Ahí los jugos empapan
y la penumbra envuelve
las caricias precipitadas
¡Ah del niño
y su curiosidad de belfos
más que de labios!
La Rosa adolescente
coronada de óxidos
tiembla empavorecida
y como un gajo se quiebra
sin memoria

9

Nucha
dibujó un teléfono
para hablar con vos
muerta hace ya tantos años
y charlar de cosas vanas

como ver pasar la tarde
y sentir la noche
su felpa oscura y fría
pensar en el café del viernes
y el futuro viaje a Villazón
que hicimos hace treinta años
y dormirnos en Jujuy
bajo un grabado de Pantoja

i.m. Magdalena Maiorana

El señor de Autigasta

Fue Alonso Carrión
o Juan Bautista Muñoz
el que dejó heredad
viñedos algodonaes
la umbría plantación de higueras
los durazneros
el membrillar a orillas de la acequia
y un buen día
mandó todo al carajo
religión y familia
rey y teniente de gobernador
y se adentró en el caserío de indios
por los matorrales de Huaycama
para hacer vida de idólatra
fornicar con salvajes
comer viandas asquerosas
pintarrajeado
emplumado
por fin libre
las corotas al aire
huérfano
sediento del lloro de plata de la luna

Un infierno menor

Mi tía Isidora
se suicidó una noche de enero
al comienzo de nuestras vacaciones
Pudo haber sido en diciembre o marzo
pero fue en enero
cuando los largos paseos a las montañas
nos hacían tan felices
Tragó su vida
y se incriminó en el desfile de muertos
adheridos al olvido más pedestre
Se fue diciendo
soy la Señora de los escapularios quemados
la doméstica del sagrario de las hostias marchitas
ningún lugar me contiene
desaparezco
sola con mi angustia

Y mi tía Isidora
se pudre en su cama de tierra
fuera del camposanto
por suerte sin la compañía de muertos
que la hubieran agobiado en vida

Las gallinas escarban los hierbajos
y algunos perros orinan
sobre la tumba sin inscripción ni cruz
Pertenece a varias cofradías
a sociedades de bien público
Demasiado hermosa
sus carnes de leche rosada

es seguro
intoxicaron de gozo al amante secreto
¿Adulterio?
¿Un amor deshonesto?
Ciudad de provincia de tribu pequeña
descendíamos señores y siervos del mismo genearca
por lo tanto el incesto era el diario alimento
y la muerte por mano propia
el estrecho camino de un infierno menor

a Libertad Demitrópulos

Las santitas

De tan humildes
nadie les conocía el nombre
Las llamaban *las batateras*
Sin registro en medio de los vivos
vestidas de frío y temblonas
salían de los inviernos a la oración
a vender batatas
Las cosechaban en una territa
junto al río
y con el moro chuzo
tirando del carrito cargado
iban ofreciendo la mercancía
centavos de pulpa dulce
de la territa junto al río

Un día murió la madre
Por las encrucijadas las hijas
salieron a mendigar velas
Mi hermano les llevó unas cuantas
Dentro del rancho
estaba la muerta tendida sobre la mesa
y cañas huecas clavadas en el piso
hacían de candeleros

Por las paredes se colaba el zonda
y los sollozos un mayar de gatos
en la nohecita
Ha pasado más de medio siglo
y todavía me acuerdo
no apareció el cura
ni se acercó un vecino
Las pobres hicieron un cajón de tablas
Necesitaron muchas y muchos clavos
y alambre para un cajón fuerte

La enterraron un día crudo
de luz indecisa
Más a la tarde
con su carrito y el moro chuzo
partieron las hijas
hacia las tinieblas
al fondo del invierno

i.m. Ruth Fernández



CARAPARI S.A.
CONSTRUCCIONES - MINERA

12 DE OCTUBRE 793/7 - TEL.: (0387) 4313682 FAX: 4310339 - 4400 SALTA

Acerca del Canon

¿Qué es esto que llamamos filosofía, y cómo se practica y dónde?

Yolanda Fernández Acevedo

El último libro de Eduardo Rabossi, publicado póstumamente, lleva un título por demás sugestivo: «En el comienzo Dios creó el Canon», una cita de la Biblia berolinensis, y una manera de enfrentarse de manera comprometida a las controversias sobre la filosofía y lo que hacemos cuando hacemos filosofía. El libro lleva un subtítulo: «Ensayos sobre la condición de la filosofía» que, de alguna manera, instala la discusión y señala el derrotero: se trata de una reflexión acerca, no de «qué es» la filosofía y «qué es» filosofar, sino de «cómo es» hacer filosofía, «cómo es» filosofar. La útil estrategia wittgensteiniana de modificar la pregunta por el qué por la pregunta por el cómo, permite un adecuado desplazamiento hacia las condiciones de posibilidad de la filosofía: cómo se hace, dónde, desde cuando. Permite también asomarse a la filosofía como institución, y a las curiosas cuestiones que plantea su ejercicio. Demás está decir que un libro de esta naturaleza, escrito por alguien que dedicó su vida a esta tarea, es algo más que un estéril ejercicio, y constituye una completa y compleja herencia acerca de los modos del filosofar, de la historia misma de la «anómala» disciplina que llamamos filosofía, de lo que podríamos llamar el Canon y su institucionalización, del «giro histórico» en los estudios filosóficos, de la política y los filósofos y de las querellas entre críticos y transgresores de la historia oficial. Rabossi parte de tres conjeturas: a) lo que hoy llamamos filosofía, es sólo una práctica reciente, de unos doscientos años de edad; b) el relato en el que basamos nuestro concepto de filosofía, ha sido elaborado, justamente, no hace más de doscientos años; c) la filosofía



Eduardo Rabossi

constituye una disciplina, *qua* disciplina, anómala.

Rabossi fundamenta estas conjeturas, a primera vista algo revulsivas, en el examen de las condiciones propias del surgimiento institucional de la filosofía en la universidad alemana moderna, que pretende condiciones de secularidad para la enseñanza y la investigación de excelencia, bajo el amparo del Estado y regida por estatutos propios. La posibilidad de un cuerpo de profesores estables que gozan de libertad para enseñar, junto a la participación de estudiantes que buscan una acreditación curricular que permita la obtención de un

título profesional habilitante, es un plan que se pone en práctica en la universidad de Berlín, bajo la advocación del proyecto Humboldt, y se desplaza hacia el resto de Europa como la forma «normal» de los estudios filosóficos. Esta práctica, hoy en día universal, permite conjeturar que la filosofía trata de lo que se enseña y aprende en los claustros universitarios, un nicho institucional en donde se despliega el Canon.

Pero ¿por qué es anómala la filosofía? Todos los que practicaron o practican esta disciplina, coinciden en un diagnóstico parecido: la pluralidad de los sistemas filosóficos, la anarquía que reina entre

ellos, el hecho de que «...los intentos por reemplazar la opinión por el conocimiento se ven siempre frustrados por el hecho de que lo que cuenta como conocimiento filosófico, parece ello mismo sujeto de opinión...» como dice Rorty, citado por el propio Rabossi, o el famoso *dictum* de Kant «...pues en este terreno no hay pesas y medidas seguras para distinguir entre la profundidad y la charlatanería superficial», como también cita. La filosofía aparece como un inabarcable conjunto de teorías contrapuestas, incompatibles unas con otras, discordantes... Pareciera que existe una tendencia lamentable

a extrapolar lo que podemos conocer hasta más allá de sus propios límites cognitivos, de su funcionamiento legítimo. Desde Kant hasta Wittgenstein resuena esta queja, y vanos han sido los intentos por hacer de la filosofía una «ciencia estricta» con Husserl, o una «filosofía científica», con Reichenbach.

Sin embargo, pese a las discrepancias entre teorías mutuamente excluyentes o abiertamente contradictorias, para Rabossi se ha constituido un Canon, lo que podríamos llamar el canon del ejercicio profesional de la disciplina. La reconstrucción del Canon que pretende realizar Rabossi, insiste en destacar aspectos en los que los filósofos coinciden, más allá de las discrepancias. Este Canon tiene que ver con ciertas precisiones. La filosofía tiene un dominio propio, distinto y excluyente. Los problemas que aborda, son los que surgen naturalmente en los distintos ámbitos, pero terminan constituyendo un conjunto de problemas perennes. Hay métodos

CONTA SRL
OBRAS Y SERVICIOS

9 DE JULIO 404
4440 - METAN - (SALTA)
Tel: (03876) 420022 / 421005
E-mail: wmconta@contasrl.com.ar

propios y formas argumentativas establecidas para el trabajo filosófico. Se admiten ciertas distinciones cuya polaridad parece indiscutible: real-aparente, analítico-sintético, a priori-a posteriori, necesario-contingente... Se buscan fundamentos y justificaciones racionales. Hay valores éticos, ontológicos, que se deben salvar. El conocimiento filosófico es distinto del conocimiento científico. Todo esto posibilita el ejercicio profesional del guardián de la racionalidad, el filósofo. Y, finalmente, la filosofía tiene una relación especial con su pasado.

La conclusión de Rabossi es que la formulación misma del Canon invita a la aparición de querellas difícilmente resolubles. Pese a algunas formas consagradas por una alta estima filosófica, como lo son las situaciones dialógicas propias de una práctica conversacional, (el caso paradigmático de Sócrates) esta visión del quehacer filosófico dista de ser utilizada con la frecuencia que se sugiere. En realidad todo diálogo pronto recurre a artilugios argumentativos que transforman la situación conversacional en polémica, en una discusión encendida, en aceradas disputas, en controversias y confrontaciones varias. En todos los casos sucede que una versión del Canon aparece como verdadera, ofreciendo una versión nueva de la filosofía, proponiendo lecturas poco concurridas y criticando las anteriores. Todo intento de este tipo quiere el monopolio de la legitimidad filosófica y, de alguna manera, aspira a brindar la verdadera (única) interpretación.

Los anuncios de muerte de la filosofía, de refundaciones, de revoluciones, son frecuentes en este panorama. De última, son todas querellas internas al Canon: el recurso a la legitimidad depende de aceptar canónicamente que es lo que es legítimo y por qué. Es cierto que hay versiones «más canónicas» y otras que lo son menos. Algunos abogan por alejarse de los preceptos del canon, poniendo en duda los aspectos fundacionales de la filosofía o bien reconociendo los

aspectos históricos de esta misma práctica, el peso de las convenciones, admiten consecuencias relativistas, dan por tierra con las teorías tradicionales de la verdad. En versiones que Rabossi llama «más canónicas» el criticismo kantiano, el idealismo alemán, la fenomenología, el tractarismo de Wittgenstein, el positivismo lógico, la filosofía analítica dura, el neohegelianismo o el pragmatismo peirciano, por ejemplo, instalan la discusión en función de algún aspecto del canon.

Pero de alguna manera el Canon parece de aceptación inevitable para articular teorías que puedan registrarse como filosofía. Esta aceptación implica un acuerdo implícito sobre el cual establecer las distinciones. Y parte de esta aceptación implica la continuidad de un relato que, elaborado no hace mucho más de doscientos años, dota a la filosofía de una antigüedad venerable, desde Tales de Mileto.

Es aquí donde corresponde recordar la particular relación que la historia guarda con la filosofía. De alguna manera, la filosofía es la única disciplina que mantiene esta relación con su historia: pareciera inevitable que, al hablar de filosofía, se hable muchas veces sólo de

historia de la filosofía. De hecho, en la curricula universitaria, las materias de carácter histórico son vertebrales en la formación del futuro profesional de la filosofía. De hecho las célebres quejas de filósofos como Kant y, mucho más tarde Quine, acerca de la mayoritaria existencia de filósofos profesionales que sólo hacen historia de la filosofía, y sus advertencias sobre la necesidad de filosofar y no hacer meramente historia. Pero es con Hegel que la historia encuentra su lugar en la filosofía, ya que el sistema hegeliano reconoce la dialéctica del devenir como constituyente de la misma filosofía. Cuando Rabossi cita a Hegel en su célebre frase: «Las diversas filosofías no sólo se han contradicho, sino también refutado. Ahora se puede preguntar qué sentido tiene esa refutación», justamente introduce la cuestión del por qué la historia de la filosofía es parte de la filosofía. La sucesión diacrónica no es azarosa en los sistemas filosóficos.

Cuando trabaja la conocida distinción de Nietzsche entre la historia monumental, la historia del anticuario o la historia crítica, Rabossi agrega a esta tríada la «historia prestigianete», o sea el uso de los ancestros prestigiosos para validar o legitimar posiciones. De aquí en más la

preocupación de Rabossi pasa por desentrañar lo que llama la «Historia Oficial» de la filosofía, o sea el Canon de filósofos que la propia historia de la filosofía reconoce e impone para su ejercicio. Ese Canon que la curricula universitaria impone a través de sus historias de la filosofía y que, curiosamente, hoy en día se ha vuelto prácticamente universal en el ejercicio académico de la filosofía. Este Canon también estipula problemas filosóficos inmunes al contexto, perennes, proveídos por la tradición.

Al llegar al final de este libro, Rabossi propone un ejercicio de reflexión sobre la filosofía como quehacer, como tarea de orden académico, como institución. Su propósito ha sido montar un escenario en el que reconozcamos lo particular que es hacer filosofía. Y, seguramente, el libro responde a la pregunta «¿cómo es la filosofía?» y «¿cómo es filosofar?», pregunta modesta que abandona las regiones enrarecidas del «¿qué es?» esencialista por las wittgenstenianas aventuras de la descripción. La idea es mostrar lo que el discurso tradicional acerca de la filosofía ignora sobre los rasgos de su propia práctica. Y lo ha logrado, ya que con un particular y sostenido examen de la tradición, de los filósofos, de la práctica institucional, de las querellas, de las peculiaridades y las anomalías de la disciplina, ha conseguido elaborar un relato pleno de intrigas y de ironías, en el que todo profesional de la filosofía encuentra una manera de enjuiciar y acompañar su práctica.

Demás está decir que el libro está admirablemente escrito, con abundantes recursos al humorismo y el distanciamiento irónico, que por momentos nos hace olvidar el ingente esfuerzo de investigación que subyace. Con modestia, sugiere que el lector sólo debe considerar estos ensayos un extracto, quizá la glosa, de un libro posible, muy extenso, con pesada carga de erudición e interminables referencias. Por suerte no es así, y agradecemos el buen gusto de no fatigar con el trabajo académico, y dejarnos disfrutar del breve resultado de las prácticas filosóficas.



Rabossi, en una visita a nuestra redacción.-

Gervasi  **Comida**
Arte Bar

Balcarce 892 - Salta - Tel. 432-1824 - Móvil: 155-09-6682

Suscribase
CLAVES

CASEROS 646

LOCAL "8"

Tel: (0387) 4315018

CLAVES

PERIODICO INDEPENDIENTE

DECLARADO DE INTERES CULTURAL POR LA SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION
Y POR LA MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE SALTA

Administración y Redacción CASEROS 646 - LOCAL "8" - Tel: (0387) 4315018

Nº Registro Prop. Intelectual : 295075 - E-mail: gonclaves2004@yahoo.com.ar

Director Propietario: PEDRO GONZALEZ

Suscribase
CLAVES

CASEROS 646

LOCAL "8"

Tel: (0387) 4315018

La publicación de autores salteños, siempre es celebrada por nuestra comunidad, porque ensancha nuestro acervo cultural, y porque de alguna manera, somos nosotros también pensando. En este caso, el Dr. Renato Rabbi-Baldi Cabanillas nos ofrece una muy elaborada Teoría del Derecho, donde ha sistematizado años de estudio, y dedicación a la compleja y ardua tarea de clarificar, ¿Qué es el derecho? Vaya pregunta. Filósofos, juristas, jueces, abogados, y también el ciudadano angustiado se pregunta respecto del sentido del derecho y respecto de la realización de la justicia.

El autor de «Teoría del Derecho», editada por Ábaco de Rodolfo Depalma, plantea la misma pregunta, pero sus respuestas nos enriquecen por el uso de una metodología que sin abandonar una elevado razonamiento teórico, respalda cada idea con jurisprudencia, así como secuencias históricas y normativas.

Como si hubiera dialogado hace tiempo con Ihering, a través de su idea de «quien no haya experimentado el dolor, no sabe lo que es el derecho aunque tenga en su cabeza todo el Corpus Iuris», el autor siente aflicción intelectual por las situaciones jurídicas concretas de la gente, y es desde allí que teoriza.

Esa delicada tarea que se impone Rabbi-Baldi en la búsqueda del camino adecuado, le permite sortear con éxito la sistematización teórica del derecho en sus aspectos más generales, sin caer en prejuicios de escuelas, ni ceder a limitaciones doctrinarias, ni alejarse del mundano hombre y sus conflictos jurídicos. Es la razón la que construye la teoría, pero la razón práctica, con un carácter necesariamente dialógico, que tiene en cuenta los distintos tiempos históricos, así como el excluyente punto de partida, y de llegada de la persona humana.

La Persona Humana entonces, Funda-

mento del Derecho es el Capítulo Primero de la obra, allí el autor con erudición y elegancia nos resume la configuración histórica del concepto de persona como ser substancial y digno, y el desarrollo desde allí de los conceptos filosóficos y jurídicos que surgen como consecuencia. Cerrando este capítulo con los casos jurisprudenciales que receptan éste concepto de persona como fundamento del derecho.

El Capítulo II aborda la compleja diferencia entre el Derecho Natural y el Positivismo Jurídico, esa tensión, de ninguna manera incomoda al autor, quien explica las teorías y sus sutilezas a partir de los propios textos de los autores, explicando a través de el llamado «Dritter Weg» (tercer camino), las necesidades teóricas de nuestra época.

El capítulo III, es consecuencia de la responsable preocupación del autor de explicar el derecho como ciencia práctica,

por lo que como consecuencia de la tensión explicada entre derecho natural y positivismo jurídico, se desarrolla los títulos y medidas naturales y positivos del derecho.

El capítulo IV atiende la preocupación de desarrollar una teoría de las fuentes, de suma importancia en el mundo jurídico partir de la necesidad de poder dar respuesta a todas los problemas y conflictos que se plantean, mediante la concepción del derecho como sistema, y el consecuente explicación respecto de donde surge ese derecho.

El capítulo V nos muestra el diagrama del Sistema Jurídico, señalando tanto la necesidad sistemática de toda ciencia, así como la carencia en la que incurrieron al respecto las doctrinas positivistas, y la superación de esas limitaciones.

En el capítulo VI, el autor parece encontrar la clave conformadora de su Teoría del

Derecho, a partir de La Interpretación Jurídica, señalando las variantes históricas, así como las perspectivas de la razón práctica, y el empleo de determinados cánones en ese sentido por la doctrina de la Corte Suprema.

Finaliza la obra, en el capítulo VII, con un análisis de Las clases de Justicia, y un lucido y adecuado análisis de la sabia fórmula romana de la justicia, «dar a cada uno sus derecho».

La obra de Rabbi-Baldi, a la manera de los clásicos, tiene distintos niveles de lectura, es útil para el estudiante de primer año de la carrera de derecho, para el abogado litigante en búsqueda de argumentos y jurisprudencia que fundamenten sus planteos, y para el estudioso o pensador jurídico que se preocupa por una visión y una respuesta más finalista que funcional.

La materia enjundiosa, con una sistemática adecuada, y una metodología práctica, transforma el texto en una obra de intenso y sugerente contenido teórico, así como en una herramienta útil tanto universitaria como profesional.

Las preocupaciones del autor son las de todos los abogados, lo celebratorio de la cosa, es que aquel las haya caminado tanto, y que nos la pueda ofrecer con un gran nivel teórico, sin concesiones de manual, pero a la vez con sentido práctico.

Rabbi-Baldi nos expone su Teoría de Derecho, dialogando con los grandes clásicos de la literatura (especie de Bonus Track del libro), y con las doctrinas de nuestra época, queda para el lector la meditación de arduas cuestiones filosóficas, y la dulce angustia de la sugerencia.

**Recensión de
Martín Plaza**



OSDE

ORGANIZACIÓN DE SERVICIOS DIRECTOS EMPRESARIOS
GRUPO OSDE. UN GRUPO DE PERSONAS.

España 338 - A4400ANH - Salta - Tel.: (0387) 4213141
salta@osde.com.ar - www.osde.com.ar